

beduinos: reúne las nobles facciones semíticas de los árabes á la terrible y salvaje expresión del tigre: la nariz fina y noble establece la armonía entre la prominente boca guarnecida de dientes blancos y largos cercada de barba puntiaguda, negra como el carbon, y la frente enérgica y entrante. Del centro de aquellas sombrías caras, un ojo mas sombrío y astuto todavía despidió relámpagos.

Los beduinos tomaron helados: este fué el único movimiento que hicieron, sin proferir por lo demás una palabra. Al mismo tiempo y enfrente de ellos, las señoras parisienses charlaban cerca de la mesa donde se servía el té. Rico en contrastes como ninguno otro es este país: es uno de sus principales atractivos; pero en estos contrastes casi toda la ventaja está del lado de los indígenas.

Dos figuras interesantes se distinguían de las demás. La primera era un Chaique vestido de brillante púrpura. Solo tiene un pié, pues habiendo recibido una herida en un combate, se amputó el otro por sí solo con un cuchillo embotado. El cuchillo es conservado por Yusuf en una pequeña panoplia, como un trofeo del poder de la voluntad humana.

El segundo personaje interesante era un jóven marabout de diez y nueve años, tipo el mas cumplido y hermoso que verse pueda de un árabe inspirado. Es un descendiente del Profeta: nacido por consiguiente de una familia sacerdotal, él mismo es una especie de muphti, lo que no le impide tener dos mujeres. Reconócese su alto rango en la nobleza de su porte de príncipe, en la melancólica gravedad de sus facciones dispuestas en una cara ovalada, en la sencillez y esplendente blancura de su vestido, que envuelve enteramente su rostro imberbe y pálido, como si fuera el de una monja. De esa cara enferma y lánguida, brotaban de vez en cuando, bajo la sombra de sus anchos párpados, chispas que traicionaban el fuego interior, el fuego devorador del alma. Jamás vi jóven de diez y nueve años dotado de tanta dignidad y gracia, de porte tan reposado como el de este marabout; por lo mismo es sumamente venerado entre su pueblo. Actualmente reside en Médéah para aprender el francés, haciendo en él, segun se dice, admirables progresos. Su hermano mayor lo habla corrientemente.

Yusuf, volviéndose hácia el marabout le dijo: *¿No es verdad que quieres mucho a los franceses?* El marabout llevó la mano a su pecho y se inclinó respetuosamente. Yusuf se volvió riendo de nuestro lado, y dijo: *«Estos b... nos detestan, pero nos temen y con esto nos basta.»* Cuando esto decía, el marabout a quien mi juventud y mi calidad de extranjero inspiraban mas confianza, me dirigió una mirada tan profunda, tan dolorosa y tan ardiente, que me produjo malestar y una especie de angustia. ¡En aquella mirada se encerraba toda la historia de las razas beduinas, en otro tiempo tan libres, tan dignas de envidia y tan nobles!

Comenzaba el fastidio á deslizarse entre nosotros, cuando nuestro amable huésped llegó en nuestro auxilio proponiéndonos que asistiésemos a un baile de mujeres moras. La oferta no dejaba de ser un poco embarazosa. Sabia yo, por la lectura del travieso Semilasso, que esos famosos bailes no son precisamente edificantes; sin embargo, por el amor al arte, me dije, puede uno sacrificarse una vez en su vida aunque no fuese mas que a título de viajero: y además, ello hacia parte del conjunto. La señora Yusuf no pareció tomar la cosa con tanta tranquilidad: lo que le chocaba principalmente era la idea de que iríamos a admirar a aquellas fantásticas en un café cerrado. Pálida de cólera, lanzó a su marido una mirada que no era de las mas tiernas, y nos declaró que cedería con gusto su sala a aquellos ejercicios de Frinos, y pasaría con las señoras a un retrete. Esperaba que por este medio tendría por lo ménos en su poder al enemigo; pero Yusuf le replicó con dulzura: *«No es decoroso, hija mia:»* y abandonando a las señoras a sus reflexiones, la sociedad masculina se puso en marcha en medio de las tinieblas de la noche para dirigirse al café.

Entramos en una sala alta dominada por una cúpula morisca. Algunas lámparas que colgaban de la bóveda como en las mezquitas, derramaban incierta y romántica luz: un chorro de agua esparcía la frescura volviendo a caer en un vaso de mármol. Un balcon de madera, dispuesto alrededor de la sala a altura de hombre, contenía algunos espectadores que se hallaban ya en la casa: el espacio se llenó mas y mas de gran número de moros de aire grave é impasible. Cerróse la puerta; porque debo advertir que estos bailes están prohibidos, y no debe sorprenderse a la autoridad

en flagrante delito de infracción a la ley. Nos colocamos en círculo; tendióse una alfombra en medio, y se dispusieron algunas luces para alumbar a las bailarinas. Estas fueron introducidas por su jefe al círculo, de dos en dos y sucesivamente; las parejas se alternaban en el baile, mientras que la concurrencia fumaba pacíficamente la pipa.

Eran en su mayor parte jóvenes de catorce á veinte años, de talle desarrollado, de expresión voluptuosa y atrevida, de cejas pintadas, con lunares postizos en la cara, ojos negros, de mirada lasciva y descarada, cuyos párpados no se bajan ya delante de nada. Su traje era fantástico: de la cintura al tobillo estaban envueltas en pesadas telas de seda de subidos colores. Les cubría el busto una simple camisa de gasa sujeta por medio de lazos de oro. En la cabeza llevaban una pieza de seda de diversos colores, colocada de lado con coquetería, y terminada en punta llena de brillantes oropeles. Usaban pantalones, y sus brazos y piernas estaban adornados con placas de oro. Las figuras más prominentes, eran una muchachona de diez y nueve años, atrevida y provocativa como un granadero; otra de catorce años, y una muchachilla fresca y graciosa por su robustez, que apenas salía de la primera flor de su edad.

La música se componía de la antigua viola morisca, del pífano monótono y del tamboril que tocaban mujeres soberbiamente vestidas; al mismo tiempo, siguiendo la costumbre morisca, un vaso de barro tocado a compás producía un ruido análogo al del tamboril. Este instrumento estaba confiado a la más bella criatura de la sala, de perfil maravillosamente cortado, de cabeza griega, severa en sus líneas, y de expresión melancólica y pensativa.

Hé aquí en qué consiste este famoso baile. Las jóvenes, después de haberse colocado sobre la alfombra, ejecutan toda clase de movimientos con la parte alta del cuerpo que creería uno transformado en cauchú. Se balancean, se doblan, se contornean y se enderezan como si quisieran desprenderse de la parte superior de sus personas, y alargarse sin medida. Tienen en cada mano una pieza de seda que pasean flemáticamente por todo el cuerpo, como si quisiesen quitarle el polvo, y que de cuando en cuando, pasan por delante de sus ojos como para decir: "¡Cuán casta y púdica

soy!" Pero toda la representación dice, demasiado, lo contrario. Solo mueven los pies de vez en cuando, para adelantarse con paso lánguido, y balanceándose. Al ejecutar esta figura el granadero, se acercó descaradamente al general Yusuf; pero sin tocarlo.

Estas bailarinas tienen la costumbre de pegarse con saliva pedacitos de oro en la frente; uso que encontré practicado con más elegancia en España, en donde se encuentran todavía muchos recuerdos de los tiempos moriscos. Aun el canto gangoso y lastimero que acompaña aquí de ordinario al baile, se usa todavía en España; pero el baile es allí muy diferente. Allí la verdadera alegría se estremece y murmura con el ruido de las castañetas en ritmo animado y encantador. Ningun pueblo de la tierra baila como el pueblo español.

21 de Julio de 1852.

Montados en magníficos caballos árabes, nos lanzamos desde por la mañana a través de los campos con Yusuf, por una llanura desnuda y ligeramente ondulada, un desierto en miniatura. Por primera vez penetrábamos en el seno de la vida beduina, vida tan libre y de primitiva simplicidad. Grandes tiendas oscuras, hechas de la crin de los camellos, se levantaban sobre las partes altas del terreno. En medio de aquellos pueblos pasajeros, se veían bandadas de camellos, rebaños de ovejas, caballos y mulas atados. Las tribus llamadas por Yusuf de diez y ocho leguas a la redonda, habían pasado la noche bajo la tienda: pero las tiendas en aquel momento solo estaban habitadas por la población invisible de las mujeres. Los hombres y los jóvenes, en ancho frente de batalla, estaban alineados sobre sus fogosas cabalgaduras, y esperaban la fantasía que tanto los apasionaba. Podía haber allí de doscientos a trescientos ginetes. Sus vestidos diversos y pintorescos, el aire de independencia y de vigor propio de los beduinos, producían uno de los más interesantes efectos.

La mayor parte solo llevaban la túnica blanca de lino, el albornoz flotante y la cofia en forma de turbante rodeada de cuerda de crin de camello; y, con este vestido, las pistolas, el cuchillo, y largo fusil delgado, fiel compañero de sus peligros sin fin. Sus piernas están desnudas hasta la rodilla, y sus brazos hasta el codo.

Guerreros de mas alto rango, chaiques en su mayor parte, llevaban el albornoz escarlata sobre el blanco ordinario: las bridas de sus caballos y sus anchos estribos eran de plata cincelada y dorada, cuyo brillo centellante, producía con el sol magnífico efecto. Iban sentados en sillas de color verde ricamente adornadas; sus altas botas de cuero rojo llevaban grandes acicates, cuya punta estaba engastada en el coral y las piedras preciosas: armas costosas brillaban y reflejaban en sus ricos cinturones. Algunos de los gefes llevaban encima del turbante ordinario, grandes sombreros de paja de anchas alas, acabados en punta y profusamente adornados con pequeñas motas de seda y un copo de plumas de avestruz.

A nuestra llegada, fuimos recibidos por la música guerrera de pifanos y tambores, que los acompaña siempre, aun a caballo. Estos instrumentos por su salvaje monotonía, recuerdan las charangas que acostumbran las tropas rusas al desfilar: es la música que oí en la campaña de Hungría.

Yusuf nos condujo a una gran tienda, bajo la cual nos sentamos a la usanza oriental, sobre alfombras y cojines. La fantasía comenzó. El ancho frente de batalla se dividió en pelotones, que lanzándose a galope unos sobre otros, se confundieron formando torbellino: rápidos como el relámpago, destacados ó agrupados bajo sus insignias, segun las circunstancias, pasaban a nuestros piés por la vasta y tostada llanura. Sin interrumpir aquella carrera jadeante y vertiginosa, los nobles y salvajes hijos del desierto descargaban sus largos fusiles, ya parándose sobre los estribos, ya echándose de lado hácia la tierra; despues de lo cual blandian sus armas sobre sus cabezas, ó las lanzaban por el aire como se lanza una bala. Durante esta diversion tan original y poética, resonaban en el llano sus gritos alegres y guerreros. Este espectáculo está maravillosamente dispuesto para excitar la imaginacion y llenarla de entusiasmo: la felicidad y los goces de la vida del desierto se nos revelaban súbitamente. Aquel galope, aquel arranque fogoso, la embriaguez de la libertad, aquel amor ardiente al combate, aquella existencia siempre en movimiento, que se acomodan tan bien con la mayor simplicidad de vida, ejercen una seduccion irresistible, imposible de describir.

Silbaban las balas sobre nuestras cabezas, lo que nada tiene de extraño en estas fiestas de beduinos; pero lo que sorprende es que en ese juego desenfrenado solo dos beduinos cayeron. Y aun estos se levantaron como gatos, sanos y salvos para volver a saltar a la silla. La fantasía toda pasó sin desgracia, y es que el caballo hace como parte integrante del beduino; el hombre habita y vive sobre su cabalgadura; desde la infancia se acostumbra a los juegos guerreros, y lo educan en la verdadera guerra.

El hijo de un chaique, niño de nueve años, permanecía con cierto aire de dignidad en el centro del torbellino, montado en un caballo blanco enjaezado de oro. Su solemne gravedad excitó nuestra admiracion. Los mas viejos manifestaban al valiente niño el mas absoluto respeto, y darian sus vidas en los verdaderos combates antes de dejar tocar un pelo de aquella cabeza preciosa que es la del gefe futuro de su tribu. Así es como el jóven beduino se acostumbra a la guerra como a un juego. Semejantes hechos prueban suficientemente que este pueblo no ha perdido aún su noble orgullo y su vigor primitivos. Por lo demás ese pálido niño que me encantó por su vestido guerrero y su porte de príncipe, está ya en posesion de todos sus derechos: tiene dos mujeres, de las que una, de edad de ocho años, fué presentada a la señora Yusuf.

Dos episodios introdujeron en el curso de la fantasía: una caza de avestruz y una corrida de camellos. Dos avestruces pertenecientes al general se soltaron en el llano, é inmediatamente se vieron rodeados por los ágiles beduinos. Fué aquel un espectáculo muy curioso: el aleteo y los movimientos angulosos é irregulares de aquellos enormes pájaros, que en su caprichosa carrera parten impetuosamente como dardos, espantaban a los caballos hasta el punto que sus crines se erizaban de terror.

En cuanto al episodio de los camellos, fué la representacion de una escena de guerra original y particular de la valiente raza de los beduinos. Cuando una tribu marcha al combate contra otra su enemiga, envia por delante sus camellos sin bridas, cargados de grandes canastas cubiertas de alfombra en las cuales van encaramadas sus mujeres; éstas lanzan su grito gutural, que inflama al enemigo y lo atrae como un cebo oculto. Es un ardid de guerra que exige mucho valor: las mujeres que así van a la van-

guardia pueden oír silbar las balas muy de cerca, cuando no les sucede ser cogidas. No puede verse espectáculo más original que el de esos feos animales lanzándose al trote con el lomo cargado de aquel gabinete vacilante de tapicería. Corren al encuentro del enemigo que hace fuego, mientras que del fondo de aquellos abrigos misteriosos sale el coro guerrero de las voces femeniles, más parecido al canto de las eumenides que al de las sirenas. Algunos de esos camellos de combate fueron retenidos y a fuerza de latigazos se les obligó a bajarse para recibir a nuestras señorías en el kiosco de las señoras. Yusuf y yo debíamos subir juntos sobre el mismo camello: al abrirnos las cortinas de tapicería, una mujer velada saltó como un hurón de los calientes y suaves cojines. Los beduinos habían olvidado sacarla de allí; la enrollaron como un paquete de ropa, la empujaron y la arrojaron a la canasta de otro camello; todo en un abrir y cerrar de ojos, y ejecutado con tal precipitación como si se tratase de la esposa del Profeta en persona. Las canastas están llenas de muelles alfombras; medio sentado y medio acostado se instala uno en ellas y se balancea bajo la sombra del dosel que forma bóveda por medio de un arco de madera, no dejando de sacudirse uno fuertemente contra la joroba del camello. Yusuf se balanceaba a la izquierda y yo a la derecha: reíamos con el alma al ver nuestra extraña situación en aquel asiento de mujer. La señora Yusuf que había llegado durante la fantasía con varias otras señoras en un elegante tren, nos miraba desde la tienda y se divertía mucho con el espectáculo.

Más ó poco volvimos a nuestras cabalgaduras, y partiendo al galope alcanzamos un pueblo de tiendas que, acabada la fantasía, estaba de nuevo ocupado por su población. La tienda del chaique adornada con la bandera de la tribu se levantaba en medio del círculo. Las puertas de las otras tiendas estaban abiertas; veíase en ellas sentados a los graves beduinos, semejantes a los patriarcas del antiguo testamento, en postura tranquila, altiva y llena de dignidad. Sencilla cortina, hecha de crines de camello, los separaba de los misterios de su mundo mujeril.

En derredor de aquellas ligeras habitaciones se agitaban los caballos que acabábamos de ver galopar con la velocidad del rayo. Su raza es pequeña, flaca, delicada, pero musculosa: a primera

vista no parece muy hermosa. Pero cuando se ve a estos animales en su carrera desenfrenada, rápidos como el ciervo, ligeros como el pájaro, no pueden menos de admirar y de gustar. Su armazón es admirable: parece compuesta de aquellos resortes de acero que se pueden doblar y retorcer; pero no romper.

Para mostrar á las señoras que nosotros, europeos, y aun marinos, éramos capaces también de dar una carrera que recordase un poco la fantasía, picamos nuestros corceles indígenas, y nos pusimos a galopar por la llanura hasta el pie de las tiendas. Preciso es decir que un oficial francés cayó en este ejercicio.

Iban a servir el almuerzo árabe; mas como las señoras no lo encontraban a la moda de París, se fueron. Nosotros nos acostamos sobre blandas alfombras en grupos variados y animados; el alcuzcuz, plato favorito de los beduinos, abrió la danza: es una masa de harina cocida en grasa de carnero, con pedacitos de carne, que se sirve sin acompañamiento. Por demás es decir que en esta clase de comidas, se come con los dedos. El segundo plato, la pieza principal, consiste en un carnero entero al que solo falta la piel, y que asado sobre un simple asador de palo, se sirve con sus cuernos, sus ojos, sus piés y sus entrañas. Necesario es arrancar con los dedos la vianda caliente: es ternísima y tiene buen gusto. También hicieron circular unos pastelitos excelentes y muy picantes, acabándose por el arroz cocido con carne inevitable en todo país mahometano. El agua se sacaba de botas de piel de chivo para servir la en una copa de plata cincelada, en la que se veían todavía nadar, —condimento de que fácilmente se habría prescindido, — los pelos del difunto chivo; mas en un festín árabe podía soportarse, con tanta más razón cuanto que pudimos consolarnos bebiendo champaña que Yusuf nos hizo pasar secretamente.

Preciso era ¡ay! pensar en el regreso. Volvimos a caballo a Me-deah; nos despedimos afectuosamente de la mujer del general, y nos separamos de aquel lugar que se nos había hecho tan interesante. El seductor Yusuf nos acompañó todavía hasta cierta distancia. Cuando nos hallamos en la altura, se despidió de nosotros, llevando nuestras gracias más sinceras y más merecidas por la amabilidad y la cortesía exquisitas con que nos había tratado. Con él se desvaneció todo el encanto romántico del viaje.

Nos habia invitado para hacer una expedicion al pequeño desierto que solo dista catorce leguas; pero la necesidad del regreso no lo permitió. En mi entusiasmo por la libre vida de los beduinos, se apoderó de mí una especie de tristeza que no tiene nombre, un ardor inquieto que me impelia a ir mas léjos: podria llamarlo *mal del desierto*. Tan cerca como estábamos de los misterios del África, no sé lo que habria hecho por poderles dar aunque fuera un vistazo. Mi imaginacion estaba llena de cuadros de la vida nómada é independiente, de fantasías, de cacerías de avestruz y antilopes; tenia en el espíritu aquellos espacios inmensos, prodigiosos, con la simplicidad de la vegetacion primitiva: ¡mío era el desierto, y en el momento de realizar tan hermoso sueño, hé ahí que se me escapaba todo! Ese mal de que habla Pückler, el mal de la curiosidad no satisfecha, existe en realidad; yo lo he sentido hoy.

Nuestro regreso se verificó por el mismo camino. De nuevo fuimos escoltados por spahis hasta Blidad, en donde nos detuvimos un momento en casa del general C\*\*\*. Llegando a las alturas vecinas de Argel, encontramos trece ómnibus, repletos de una banda de vagabundos despachados de Francia. Habian desembarcado aquella misma mañana, cantando la *Marsellesa*, y los mandaban a un claustro bajo la disciplina de los jesuitas.

Alcanzamos la ciudad a eso de las nueve de la noche. Para refrescarnos tomamos un baño en un establecimiento francés muy elegante, en el que hallamos excelentes fresas heladas. En fin, volvimos a bordo, con el cuerpo descansado y el alma llena de satisfaccion y entusiasmo.

22 de Julio de 1852.

Almorzamos hoy en casa del gobernador general, en su villa del Marabout; la mesa estaba dispuesta en el jardín, bajo una rica tienda empavesada entre los breñales y las flores. Dos músicas militares alegraban el almuerzo. La concurrencia era numerosa, el festin digno de la reputacion de la cocina parisiense, el champagne excelente: conversaciones animadas y espirituales sazonaban el placer de la mesa.

De allí fuimos a visitar la quinta de Yusuf situada en el decli-

ve de una colina, que linda con el jardín del gobernador general. Descúbrese en ella la huella amable del espíritu brillante y del carácter romántico del propietario. Por fuera, la casa, según el uso morisco, es de esplendente blancura y sin adornos; mas en compensacion el interior era tanto mas lujoso y de buen gusto. Forma el centro un patio rodeado de columnas pintadas y doradas, y cubierto con ligero techado de vidrio. Arcadas moriscas, verdaderamente aéreas, comunican este patio con las habitaciones dispuestas en derredor, llenas de objetos de arte y de curiosidades. En el cuarto de dormir, se admira la cama de parada que Yusuf se mandó hacer cuando todavía era bey de Constantina. En una pequeña galería notamos preciosos aparadores árabes y dos retratos del dueño de la casa. Uno de ellos lo representa con uniforme de general francés; el otro de musulman, con el rico traje de amplios pliegues, de los orientales, y la barba larga y ondulante. Mil otros objetos atestiguan la fecunda imaginacion del propietario, ó el gusto fino y delicado de la señora de la casa. ¡Cuál no seria mi sorpresa al ver un grabado que representa la *Revista nocturna*, con una traduccion de los hermosos versos de nuestro querido y honrado Zedlitz, cuyo nombre se lee debajo con la calificacion de *poeta aleman!* Objeto seria este cuadro que regocijaria el corazón del poeta, porque siempre lisonjea hallarse a sí mismo en países lejanos, en medio de las mayores maravillas de la naturaleza.

Conocí hoy al amigo de corazón de Yusuf, actualmente general Árnaud. Hé aquí otro nuevo personaje cuya romántica vida nos pinta Semilasso del modo mas seductor. Hablé de Pückler-Muskau con el general, que ha conservado de él el mas noble recuerdo.

A un lado de la casa hay un platanar lleno de sombra y de fresco: es una plantacion agrupada alrededor de una pequeña cascada, y que presenta una imágen de la naturaleza americana: deben cogerse en ella frutos deliciosos. Altos y frondosos árboles extienden su follaje probando con su rápido desarrollo la feracidad del suelo, pues todo ha sido plantado por la mano misma de Yusuf.

Pero el rincón mas lindo, mas poético, está delante de la quinta del lado del mar. Al pié de una elevada palmera, se halla un

estanque rodeado de piedras: una agua siempre fresca retoza sobre las conchas y los corales, dando sombra a este vivero algunos chaparros y magníficos castaños. Sobre las aguas límpidas y transparentes, un cisne majestuoso, que se tomaría por algún príncipe metamorfoseado y retenido allí por un encantamiento, describe en silencio graciosas curvas. Necesario es haber tenido mucha imaginación y gusto para inventar tan delicioso cuadro.

Terminada esta visita, subimos al coche con el general Randon y algunos de sus huéspedes, para trasladarnos a Staoueli, convento de trapistas, y uno de los más interesantes establecimientos de los alrededores de Argel. La Orden austera de la Trapa, divide su tiempo entre la oración y el cultivo del campo. ¿En qué parte podría encontrar mejor su lugar que en una colonia naciente, donde faltaban los brazos y el gusto al trabajo, no menos que los buenos ejemplos y los estímulos?

Staoueli está a dos leguas de Argel sobre la costa. Allí abordaron por primera vez los franceses. El dey estaba sentado bajo una palmera formando abanico de tres ramas. Sus ojos se fijaban en los buques de guerra y en los perros cristianos que llegaban. Mientras más veía llegar, más contento estaba, pues, según su expresión, tantas más víctimas podría sacrificar al Profeta, y a sus vastos designios. Pero la suerte fué distinta: los francos batieron a los moros; y para consagrar aquella jornada, celebróse el sacrificio de la misa delante de las fuerzas victoriosas a la sombra de esas mismas palmeras que habían abrigado al gefe musulmán.

En este lugar tan interesante para la historia moderna de Argelia, es en donde los trapistas han fundado su convento según los verdaderos principios de los antiguos cristianos. Comenzaron su obra modestamente, con terribles sacrificios; en uno de los más salvajes lugares de la costa, donde no crecía más que la palma enana, llena de puas, semejante a una planta maldita. Muchos hermanos sucumbieron por los ardores del clima nuevo para ellos, y fueron enterrados en el cementerio recientemente establecido. Los que sobrevivieron atrajeron reclutas, y con su abad a la cabeza, trabajaron con la pala y el azadón, sin dejarse desanimar por el sudor de la frente. Dios bendijo sus penosos esfuerzos en los que no puede pensarse sin admiración y terror: creció el conven-

to, y se convirtió en un edificio regular de cuatro fachadas. Fundóse una alquería que contiene numerosos animales domésticos: la cultura, gracias a los prodigios realizados por un trabajo disciplinado y consagrado a Dios, no tardó en extenderse y hacerse floreciente.

El abad, verdadero apóstol de los antiguos tiempos, ha soportado todas las pruebas desde la fundación, y ha vencido hasta hoy, con un valor lleno de serenidad, las fatigas y los sufrimientos que el clima reserva a semejante empresa. Es un hombre cuyo carácter tiene algo de verdaderamente grande. Preciso es verlo con su venerable barba canosa, con sus hábitos blanco y negro, mostrar a los extranjeros su establecimiento. Lo hace con amor y con una especie de alegría infantil: designa sucesivamente cada planta y cada animal, y refiere su historia con ojos de fuego.

Necesario es conocer la región en que se halla Staoueli, y el calor sufocante de África; necesario es ver los arbolitos frutales de Francia ya cubiertos de magníficos frutos; necesario es haber gustado de la leche y de la mantequilla excelentes que dan las vacas de la alquería, para poder apreciar los trabajos de estos buenos y santos colonos, para formarse una idea del provecho que toda aquella nueva tierra puede sacar de sus ejemplos, para bendecir, en fin, con el reconocimiento que merece, una de las más sabias instituciones de la Iglesia a que pertenecemos. El gobernador general y todos los funcionarios tienen en mucho este convento; y en toda ocasión, colman de distinciones a sus piadosos habitantes: y es que nuestros libres pensadores dependen aún de la antigua religión siempre que su utilidad práctica se les haga sensible, y que los sacrificios que inspira se realizan de un modo palpable.

Fuera del claustro hay dispuesto un kiosco para recibir a la mujer del gobernador general, y a otras señoras de alto rango que no pueden entrar en el monasterio. Está construido entre el estilo morisco y la capilla. Nos sirvieron en él una colación compuesta de los excelentes productos del lugar; después de lo cual nos despedimos de aquellos bondadosos monjes.

Su regla es muy austera: trabajan todo el día; deben entrar a coro muy avanzada la noche, y no pueden hablar sin permiso de su abad.

La despedida fué cordial, y dejamos con sentimiento aquel lugar tan interesante para la historia del cultivo en Argelia.

Al regreso, vimos otro establecimiento no ménos digno de elogio. Es el convento del *Buen Pastor*, lugar de refugio para las jóvenes extraviadas. Solo entran en él voluntariamente, y allí, sometidas a una disciplina rigurosa, tienen tiempo para arrepentirse y corregirse. Ultimamente se ha visto llegar a él a una joven señora muy elegante y bonita: nadie supo de dónde venía. Revestida con el hábito gris de la casa, hace en ella penitencia con una humildad del todo cristiana.

Nuestra última tarde en Argel la consagramos a una multitud de compras de mercancías orientales. Entre otras cosas, adquirimos muy hermosas armas y utensilios muy curiosos del uso de los beduinos y kabilos. Es un placer de los mas instructivos, el de pasearse como un simple por aquellos bazares y almacenes.

A eso de las once de la noche nuestra columna de humo daba el último adiós a la ciudad morisca afrancesada.

# ALBANIA

## CAPITULO SEGUNDO

### UN RINCON DE LA ALBANIA

25 de Julio de 1853.

En los confines de la civilizacion se halla un país salvaje, que lleva el armonioso nombre de Albania. Compónese de cantones boscosos, en los que el hombre y el jabalí, el turco y el cristiano se dan alternativamente furibunda caza, y viven animados de odios y resentimientos implacables. En aquellos lugares la misa se dice todavía como en tiempo de Diocleciano, con sobrecogimiento de terror; los fieles se reúnen en los parajes tenebrosos que solo alumbran las luces del altar.

Para dar un apoyo moral a aquellos pobres católicos, cuyo número es considerable, y para observar en el terreno mismo su triste situación, había sido enviada la corbeta *la Minerva*, mandada por mí a las aguas de Albania. Esta misión habría sido de las mas útiles, si no nos hubiesen faltado, para operaciones enérgicas, los medios de acción y el tiempo. Ella no estaba exenta de disgustos: después de los sangrientos episodios que acababan de pasar en Esmirna, no había un solo rincón de Turquía que no fermentase terriblemente. A título de extranjeros, desinteresados, es verdad, pero de quienes se podía temer humillaciones, éramos vistos con des-